

Víctor Ruiz Iriarte

Comentarios

Paréntesis de vida

«Se ha comprobado la inocencia del español condenado en los Estados Unidos. Se celebrará nueva vista». De la Prensa.

He aquí un hombre –Miguel Rugama– que ha recorrido un lapso de tiempo que pesaría en su instinto mucho más que el tiempo pretérito vivido, e infinitamente más que los días futuros que en el resto de su vida tenga que recorrer.

Rugama ha estado condenado a muerte. Ha vivido con plena conciencia ese paréntesis agónico que media entre el fin de una vida y el comienzo de una muerte. Probablemente ha conseguido lo que ningún mortal hasta ahora. Siempre la figura irónica y burlona de la muerte sorprende a los hombres cuando aún no sabemos lo que es vivir. Y Rugama sabrá como nadie el valor y la insignificancia de la existencia. Lo que tanto menospreciamos todos cuando sufrimos algún desengaño y lo que ansiamos continuar cuando por ambición y egoísmo prevemos días mejores que el feliz presente. Porque el hombre es ser humano; es, por tanto, egoísta y ambicioso, nobles defectos que engendran virtudes. No se puede ser ambicioso sin ser egoísta, y no se puede sentir y pensar «en hombre sin sentir en nosotros el anhelo del triunfo, que es la ambición y el afán de vivir; que a eso se reducen nuestros egoísmos y ambiciones: a vivir. Y son defectos moralmente, son virtudes en lógica del corazón.

Miguel Rugama sabrá todo esto; lo ha vivido, sin pensarlo, que es la mejor forma de pensar. ¿Cómo habrá calificado su tiempo vivido al hacer recopilación de sus recuerdos? Seguramente su opinión habrá sido de menosprecio para su propia personalidad. Porque no hay hombre o mujer de los que llamamos desgraciados que no piense, al llegar su infortunio, que sólo él tiene la culpa de su desgracia. No hay escritor que al acabar una obra, sin dejar de sentirse satisfecho, no piense que él podía haber escrito mejor. Y no creo que en trance de muerte, en un momento de lucidez durante el fragor de la agonía, haya otro pensamiento que no sea el íntimo reproche por no haber sabido leer mejor en el libro de la vida. ¡Pobres vidas, libros abiertos, tratados de filosofía, compendio de lógica y secretos de íntima moral! Que casi ningún hombre examinamos cuando llega la página del corazón... Y en ese minuto de desesperación de nuestras vidas que todos sufrimos –porque la desesperación es la madre del aburrimiento, el aburrimiento es la inercia y la inercia viene después de una gran actividad–, todos pensamos lo mismo: «¡Si se volviera a nacer!...»

Este hombre español de la montaña, que emigró y en tierras lejanas, donde no anida el ambiente romántico de nuestra España, se vio comprometido en lances que pudieron causarle la muerte, también se habrá dicho a sí mismo: «¡si yo naciera otra vez!» Y para dicha suya, ha vuelto a vivir, puesto que hubo días en que se despidió del mundo, como lo prueban esas cartas, impregnadas de desesperada ternura, que enviaba a sus familiares. Habría momentos en que su oscuro calabozo le parecería trágica sepultura de vida. Pero sabe lo que es nacer en pleno uso de actividades orgánicas, con absoluto dominio de los sentidos, con evidente consciencia de sus actos; y ese día supo que había sido derogada su injusta sentencia pesará en él como una losa suave

y bienhechora. Tendrá el mágico poder de evocar sus defectos, que también examinaría en su doloroso paréntesis de vida o muerte; tendrá sobre nosotros el poder experimental de hombre que ha vivido dos veces. Siempre sabrá cómo se debe morir, y mejor aún, cómo se debe vivir; cosa que casi todos ignoramos, puesto que la vida para nosotros es una asignatura que queremos estudiar pronto, rápidamente, con afán infinito de conocerla; y llegamos al índice del libro, y como Rugama, vemos que no hemos aprendido nada... Que todo era estudio, que queda mucho que aprender; que la vida es gran profesora, y nosotros díscolos discípulos. Y en esa lectura trágica del epílogo, como el vulgar escritor que corrige sus pruebas, nos sentimos avergonzados y confusos de la insignificancia de nuestra obra.